



Karen Armstrong  
***La escalera de caracol***  
***En busca del sentido de la vida***  
México D. F.: Océano. 2006

Durante la década de 1960 Karen Armstrong estuvo en un convento católico. Tras siete años de clausura, abandonó su proyecto de convertirse en monja. Luego de esta experiencia estudió literatura y teología, convirtiéndose en una autora muy productiva en temas de religión y con amplio reconocimiento. En *La escalera de caracol* se relata este periplo inconcluso, de un modo que al mismo tiempo es asertivo y reflexivo.

"Resultó, es innecesario decirlo, que el convento no era lo que yo imaginaba. La adolescente idealista, ardiente, desordenada, soñadora e inmadura que entró en 1962 salió siete años más tarde con un colapso psíquico, rota y estropeada. No fue culpa de nadie, aunque en aquel momento creí que el fracaso había sido del todo mío. El momento que elegí para desembarcarme de mi vida religiosa fue particularmente difícil, porque mis superiores estaban implicadas en un doloroso periodo de cambio, mientras se intentaba decidir qué significaba con exactitud ser monja en la sociedad moderna. En el mundo de la postguerra, también la Iglesia católica buscaba la transformación. Los primeros meses de mi estadía en el convento coincidieron con el Segundo Concilio Vaticano, convocado en Roma por el papa Juan XXIII con intención de abrir las ventanas de la Iglesia de par en par y dejar que el aire fresco de la modernidad orease las mohosas estancias del Vaticano". (Pág. 9)

"Durante años había acallado mi malestar con la religión, y aunque al escribir *Through the Narrow Gate* redimí algunos aspectos de mis años conventuales, aún me quedaba un pozo de rencor. Odiaba la prepotencia con que se han comportado durante siglos las autoridades eclesiásticas, sermonando a los creyentes acerca de la vida sexual,

diciéndoles lo que debían creer y qué medios anticonceptivos debían usar. Me horrorizaba su actitud para con la mujer. Me indignaba su pretensión de tener el monopolio de la verdad, y el hecho de perseguir a los que no acataban las sutilezas teológicas por ellos propuestas. Una breve ojeada a la historia del cristianismo, con sus Cruzadas, su Inquisición, sus persecuciones y sus guerras de religión, sin duda bastaba para convencerse de que, en conjunto, la fe había hecho más mal que bien. ¡Pasen y vean las consecuencias de la certeza dogmática! Estos pensamientos me los había guardado durante años. Pero ahora podía expresar mi cólera, darle forma y color definidos, y por eso era tan liberador y curativo como sajar un absceso. Sobre todo, me molestaba la imposición del conformismo intelectual por parte de las Iglesias". (Pág. 220)

"En mi opinión muchos de los fallos del cristianismo, sino todos, podían retrotraerse al combativo apóstol. De su responsabilidad eran la obsesión de la Iglesia por la complejidad teológica, el trato denigrante a la mujer y al cuerpo, la intolerancia, la corrupción autoritaria. Pablo alteró el sencillo mensaje de amor de Jesús, y después de él, la religión ya no volvió a ser la misma. Sin embargo, a medida que fui profundizando en mis lecturas me di cuenta de que el papel de Pablo en el primer cristianismo fue aún más significativo. Sin darme cuenta, me había metido en un campo minado de la crítica neo testamentaria, cuyos descubrimientos me dejaron atónita. Tenía algunas nociones de la moderna crítica a la escritura, obtenidas cuando preparaba mi diplomatura en teología, pero aquello no fue más que un compendio para señoritas que excluía la mayor parte del material verdaderamente duro. Ahora leyendo en mi apartamento durante las semanas previas a mi partida a Israel, hice algunos descubrimientos que me sorprendieron. Un número preocupante de prestigiosos eruditos aseguraba que Jesús jamás tuvo el menor propósito de fundar una nueva religión. Predicaba a sus correligionarios judíos, y sus doctrinas no contenían ninguna desviación esencial, siendo como eran comparables a las de otras tendencias del judaísmo de la época. (...) Cuando se llamaba 'Hijo de Dios', la expresión debe entenderse en su acepción estrictamente judía. Jesús fue un ser humano corriente que recibió de Dios una misión especial". (Págs. 221-22)

"El fundador del cristianismo no había sido Jesús, sino Pablo. (...) Descubrí que las cartas de Pablo son los documentos cristianos más antiguos que han llegado a nosotros, y que todos los evangelios fueron escritos años después de la muerte de Pablo por hombres que habían abrazado la versión paulina del cristianismo. Por tanto, no fue que Pablo hubiese maleado lo evangelios, sino que éstos recogieron la visión de Pablo. El único Jesús que conocieron era el que Pablo nos legó". (Pág. 222)

